

Burgos, Zorrilla y el Cid

Fué el propio poeta el que se definió — precisamente en la obra que vamos a comentar — como «el trovador errante del siglo diecinueve», y un trovador como él no podía dejar de cantar el tema del Cid, tan hondamente arraigado en el alma de Castilla, nacido en la mente y boca de los juglares medievales. Zorrilla volvió a recrear el poema, a vivirlo de nuevo en su fantasía y a expresarlo en romances flúidos y sonoros, con todo el calor y la pasión de un corazón romántico como el suyo. Soñó al Cid, a Rodrigo de Vivar, hombre y héroe, y soñó la época y los tipos humanos que la compusieron. Y escribió «La leyenda del Cid», dando a la acción histórica una trama novelesca en torno al contra-héroe, en torno al hombre nefasto del poema: Bellido d'Olfos, como escribe Zorrilla o Vellido Adolfo como quiere el maestro Pidal. En esta tétrica figura puso el poeta la razón de los hechos de acuerdo con la tradición romancesca y espoleado, sobre todo, por su desbocada fantasía:

«La historia es oscura cosa
y es fuerza que raíz prenda
en su verdad la leyenda
galana y maravillosa...».

Justificación por tanto del poeta soñador que parte de los hechos y datos de la historia y la tradición, pero que luego los ensambla a su capricho, contándolos y ordenándolos a su modo. Quiso penetrar en el alma y en los sentimientos de los hombres que vivieron la hora cidiana y quiso ir, por tanto, más allá de la historia. Es el romántico que busca razones del corazón donde no halla razones documentales.

EL TRAIOR VELLIDO, CLAVE DE LA OBRA

A ese deseo del poeta de hallar una explicación a los hechos allí donde la historia enmudece, se debe el que pusiese en Vellido la pasión

y el amor hacia la infanta doña Urraca, la de Zamora, y en esa pasión frustrada encontrase el motivo y la razón de ser de la afrenta de Corpes:

«De los Condes de Carrión
tal fué el extraño comienzo
aunque lo calla la historia...».

Es decir que Zorrilla se sintió atraído por la estampa del traidor zamorano pero no por simpatía sino como tipo clave de la trama de su leyenda, para que fuese, dentro de ella, contrapunto del Campeador. En este sentido Zorrilla no innovó nada sino que recogió la tradición de los romances. También Bretón de los Herreros utilizó los amores de Vellido hacia Urraca en su obra.

A Vellido Dolfos le concibió el poeta como hombre de turbio origen, avaro y ambicioso de riqueza y poder, algo así como el Judas de la epopeya cidiana. En Zamora conspiraba contra la privanza de los Arias Gonzalo cerca de la infanta a quien él amaba con furiosa pasión secreta y de quien se creía predilecto. Por eso, para complacerla—según pensaba—y para librarla de aquel cerco y sitio puesto por don Sancho y el Cid, Vellido pasó al campo de los sitiadores y perpetró el regicidio (1). Pero cuando logró escapar de la persecución de Rodrigo (¡Mal haya el que sin espuelas cabalgare!) y penetrar en la muralla zamorana, cuando nadie se había dado cuenta aun de la muerte del rey castellano, Vellido fué a decirle lo ocurrido a Urraca y ésta reaccionó ante tal felonía con el mayor de los desprecios, tratando de castigar al regicida, pero este huyó como una culebra y nadie volvió a acordarse de él, nadie menos Zorrilla que le llevó—al cabo de los años—hasta el Conado de Carrión disfrazado de peregrino penitente y misterioso, el cual fué ganándose poco a poco la confianza del conde, hombre también sin escrúpulos, hasta lograr que éste le encomendase la educación de sus hijos gemelos, que habían de llegar a ser los celebérrimos infantes de Carrión, a cuya maldad contribuyó principalmente, según el poeta, la compañía del traidor Vellido, sediento de venganza. Cuando creyó llegado el momento oportuno, y para tener las manos libres, Dolfos eliminó al propio Conde de Carrión. Entonces puso en practica su diabólico plan de servirse de los infantes como instrumentos de su odio, insinuándoles que

«Hasta a las hijas del Cid
a aspirar tienen derecho...».

(1) Vid. Menéndez Pidal: «La España del Cid». - Madrid, 1929. - Tomo I, pág. 203.

Y así, en efecto, logró que los infantes fuesen admitidos como pajes de la infanta y después que celebrasen su boda en Valencia con doña Elvira y doña Sol. Pero allí, en la ciudad mediterránea, codiciada por Búcar, fué donde los infantes dieron prueba de su cobardía en episodios tan ridiculos como el del león escapado. El ignorado Vellido les hizo ver que todo eran tretas del Cid para humillarlos, y la venganza fué el vergonzoso azotamiento del robledal, que la crítica histórica—léase Pidal, supone se trató simplemente de un mero plantón de novias por parte de los Beni Gómez de Carrión en una de sus épocas de enemistad con Rodrigo de Vivar.

Pero no nos salgamos del poeta ni de su versión legendaria de los hechos. Según él no paró ahí la persecución de Vellido en la sombra, sino que, aparte de estar en connivencia con el enemigo moro, culminó su crueldad con el asesinato de la infanta doña Urraca, mediante un tóxico que le propinó. Luego pensaba acabar con el mismo Campeador. Gracias a que los fieles del Cid se dieron cuenta de los manejos del misterioso peregrino, ayo de los infantes carrionenses, y le clavaron por la espalda un buen hierro del mismo modo que él lo había clavado al rey don Sancho en el cerco de Zamora. La leyenda zorrillesca acaba por revelarnos la personalidad de Vellido, oculta para el oyente o lector, desde su aparición en Carrión:

«Su nombre será en Castilla
de toda infamia sinónimo».

EL CID, HUMANIZADO

Cantando a Rodrigo Díaz, el poeta vallisoletano nos dió de él una medida humana que, a nuestro entender, es la principal característica de la obra. No olvidemos tampoco como el Poema anónimo—a diferencia de las epopeyas ultrapirenaicas—contiene rasgos de un héroe que no dejó nunca de ser hombre por mucho que fuese exaltado. Zorrilla siguió también este cauce de nuestra épica presentándonos a un Cid-héroe al mismo tiempo que a un Cid-hombre, mortal como los demás:

«Pero el Cid no es más que un hombre
y los hombres tierra son...».

No sólo el Campeador sino todos los personajes cidianos desfilan ante nosotros con un colorido y naturalidad que parece estamos viéndolos con nuestros propios ojos. Así Jimena:

Blanca como una azucena
Casera como una hormiga
y rubia como una espiga...».

¿Quién le dijo a Zorrilla que Jimena era rubia? Pues así nos sorprende con otros mil pormenores. Emplea además frecuentemente el diálogo entre personajes para darles aún mayor vida y realismo, no importándole que critiquen el procedimiento:

«Dirá algún crítico acaso
que esto es de comedia a modo».

Llama nuestra atención algún pasaje en que aparece el Cid como un verdadero don Juan medieval. Así cuando acude a casa de Jimena para requerirla de amores y escala su ventana como Romeo, exclamando en una escena que nos trae a la mente la del sofá:

«Jimena del alma mía,
si cual yo os amo me amáis
hoy ha amanecido el día
en que el alma a la alegría
y a mi corazón me abráis...».

Interesante es el hilo dramático que maneja Zorrilla a lo largo de su leyenda cidiana de presentarnos a Jimena constantemente preocupada por la justicia divina que habría de caer sobre su casa por culpa de la muerte dada por el Cid al conde Lozano, padre de Jimena:

«Que Dios en sus hijas vengue
al descabezado padre».

La mujer del Cid lucha consigo misma para ahuyentar los presentimientos que le abaten, fomentados además por las supersticiones y sueños, por los augurios del aya Bibiana, compañera de Jimena durante toda su vida. Zorrilla se apoyó en esta íntima preocupación de Jimena para crear momentos psicológicos de gran tensión en su obra, consiguiendo así dar a su relato una vitalidad perfecta, tanto de acción como de temperamento.

Como muestras de la humanización del Cid hecha por Zorrilla podemos anotar la descripción de su casa:

«Más no imagines, lector
que en Vivar vivía el Cid
como hoy un duque en Madrid
o como en Londres un lord».

o también cuando aparece el héroe ejecutando operaciones y necesidades fisiológicas como el comer, beber o dormir:

«Y el Cid comía y bebía.

Los romances y las crónicas

cuentan sus lides, mas nadie

lidia bien, sin que bien coma».

.....

«Los héroes sufren de hombres

las necesidades todas

y no solamente duermen

sino que los hay que roncan».

Zorrilla describe las bodas del Cid con una minuciosidad pasmosa. Relata entradas triunfales en ciudades; pinta la corte de los reyes; retrata a todos los personajes de ella. Sabe que la infanta doña Urraca era alta y pálida, con las cejas espesas; que don Alfonso, su hermano, tenía los ojos azules, la melena rubia y rizada, las manos como alabastro y sonrosadas las uñas. Y si queremos saber como era la tienda de campaña del rey don Sancho nos dirá el poeta que estaba hecha:

«con doce argollados lienzos».

No menos notable es la afición que tiene Zorrilla a cartear al Cid con el Rey y con Jimena o a los tres entre sí. Estas epístolas son de lo más sabroso de la leyenda cidiana contada por Zorrilla. Del mismo modo pone discursos y arengas como aquel de Diego Lainez a sus vasallos para que vengasen la afrenta del conde Lozano:

«Hijosdalgo de Vivar,

vuestro haber tiene una mancha».

Tal verismo quiere dar Zorrilla a las cosas que extrema la precisión cronológica con un desenfado muy suyo:

«A las diez de la mañana

de un día limpio de mayo

llegó el nuevo rey a Burgos».

El Cid come, bebe, duerme y llora cuando es preciso:

«Lloró el Cid cuando Jimena

y sus hijos le abrazaron».

A pesar de sus largas y obligadas ausencias, el Cid vuelve a su hogar como un esposo fiel y enamorado galán:

«Al fin Jimena del alma
nos torna Dios a juntar».

y para Jimena tiene expresiones tan dulces como cuando le llama:
«Ángel ¡Ángel de mi hogar!... Pero lo más divertido es cuando Rodrigo escribe al Rey dándole cuenta de la conquista de Valencia y le pide que le mande a Jimena, porque esta tendrá

«en ver el mar que no ha visto
un grandísimo solaz»

A veces Zorrilla abusa un poco de su ingenio como cuando las bodas de doña Sol y doña Elvira, en que dice:

«Y se hizo en mala hora un día
de febrero a trece y martes».

La muerte de Rodrigo nos la presenta también el poeta envuelta de un colorido efectista y teatral. Nos habla de fiebres y calenturas, y pone en boca del Cid discursos como:

«No llores Jimena mía...»

.....
«Oíd mi voluntad última...»

El héroe murió dando una gran voz, diciendo:

«¡Allá voy!, y cayó exánime»,

Todo lo cual no deja de hacernos cierta gracia hoy día y parece como si con ello perdiese seriedad el poema y su protagonista. Sin embargo para juzgarlo hemos de situarnos en la época romántica en que se escribió y conocer un poco al autor. Este era, como él mismo declaraba, un juglar que cantaba para el pueblo y a éste había que darle la épica con ciertos efectismos sentimentales, así como provista de los mil pormenores de la vida diaria. El propio Zorrilla en la introducción a su leyenda cidiana ya lo advierte que no va a tomar la trompa homérica para cantar al Cid sino «un viejo y tosco rabel» para que le oiga el pueblo:

«A que mi Patria me entienda
no aspira a más mi intención».

Pero aunque parezca a primera vista que Zorrilla restó magestad a la figura del Cid, no es lo cierto, porque toda la leyenda que escribió

(y esta tiene unos 18.000 versos) está impregnada de la grandeza y magnificencia del Campeador: su fuerza hercúlea, su fe inquebrantable, su ideal de reconquista:

«Como peleo por Dios
creo que es Dios quien me escucha...»

«Yo nací para camppear
dejadme al campo volver...»

A este propósito baste recordar la intervención del Cid en episodios tan grandilocuentes como aparecen cantados por Zorrilla la defensa de los derechos de Castilla, frente al Papa y el Emperador; o el acto de la jura en Santa Gadea: El carácter épico, gigante, inconmensurablemente del Cid queda bien de manifiesto:

«Sostén de Castilla, el Cid.»

«Porque el Cid es, de Castilla
la personificación.»

«Su nombre hasta hoy desde entonces
es símbolo del honor.»

UN POETA SE DEFINE

Cuando Zorrilla escribió su Leyenda del Cid había cumplido ya los sesenta años y tenía una larga experiencia de la vida. Dedicó su obra a la ciudad de Burgos por las razones que luego diremos y en la dedicatoria se le fué la pluma más allá de los límites protocolarios, dándonos además de dicha dedicatoria una sincera e importante confesión de sí mismo, en la que Zorrilla hizo meditación pública sobre su arte.

El poeta no tuvo otra riqueza que su estro. Siempre anduvo por la tierra «solo, independientemente, altivo» sin mendigar el aplauso de los políticos. Había vivido mucho, intensamente. Se sentía algo cansado de su peregrinación por la tierra. Y de repente, se enfrenta consigo mismo y se pregunta:

«¿Quién soy yo, do voy, de, donde vengo
porqué canto, por qué lloro?...»

«Yo soy un ave de paso
a quien Dios dió una voz suave...»

Por todas partes ha dejado pedazos de su corazón. Se define el poeta como un eco, como una voz de hábito amoroso, como el arroyo, como el átomo sonoro que vibra por todas partes. Cualquier cosa puede avivar su fantasía y fundar sobre ella una historia o una leyenda. Una brisa, una neblina le bastan. Es como la hormiga, como el peregrino que va recogiendo cantares y cuentos populares. Como la abeja, como las nubes... Es el travador errante del siglo XIX. Cree en Dios y le alaba. Siente la caridad hacia las almas ajenas: Canta a la Patria:

«A España por doquiera, cantando sin cesar»

Mas no solamente es en esta bellísima introducción donde Zorrilla abre su pecho y su pensamiento al lector sino a lo largo de la leyenda cidiana. Aquí y allí nos va expresando su opinión personal sobre las cosas que le sugiere la narración. Escribe y describe los hombres y los hechos del pasado pero no se olvida nunca del presente:

«Consuelan con el pasado
a su pueblo los poetas.»

Zorrilla se declara nuevamente dentro del poema, ajeno a la política o politiquería de su tiempo y no entiende que hayaya otra política que no sea la nacional. Por su parte, haciendo versos «a destajo» como dice él mismo, sirve a su Patria. Juzga la reconquista cuando afirma:

«Costumbres de aquella época
caballeresca y feroz
en que degollando moros
se glorificaba a Dios.»

Al referirnos del destierro del Cid, aprovecha el poeta para comentar la malhadada envidia española, sobre todo entre los poderosos, porque

«El pueblo quien vale saben
y el pueblo a quien vale, quieren».

.....
«Las grandes cosas del mundo
uno solo las ha hecho.»

No simpatiza Zorrilla con los leguleyos, lo mismo que Quevedo y que Cervantes, y, así, al presentar al Cid en medio de las Cortes de Burgos, dice:

«Y como entonces y ahora
y siempre, el saber y el fuero
de plumas, borlas y togas
contra las espadas fueron»

De vez en cuando el poeta nos dice en que estriba su desengaño mundano:

«Y yo como viejo hablo...
.....
tras medio siglo que ando
el mundo viendo y mirando...»

Ante los escrúpulos de Jimena y los agüeros de su aya Bibiana, Zorrilla aprovecha para fustigar la superstición tan arraigada en algunas regiones españolas. Por otra parte, el combate entre Diego Ordóñez y los Arias, de Zamora le hace pensar que se trata de

«Costumbres de siglos bárbaros
que aun heroicos se llaman
que a gloria tienen los pueblos y
y que los poetas cantan,
más costumbres que a mi juicio,
tan estúpidas y bárbaras
que hacen dudar de su origen
divino a la raza humana.
Mas tal es la historia nuestra:
no es culpa mía si es bárbara
yo cumplo con advertírselo
a mi pueblo al relatársela...»

El destierro del Cid provoca en el ánimo de Zorrilla una cierta amargura también cuando escribe:

«Cuestión de España: el que vale
tiene en vida tal vez, pan
si lo gana; y es, muerto,
una gloria nacional...»

era entonces cuando el poeta buscaba con ahinco una pensión que asegurase los últimos días de su vida. Las coronas de laurel no le daban para comer.

ZORRILLA Y BURGOS

La estirpe de los Zorrilla era burgalesa. El padre del poeta se llamaba don José Zorrilla Caballero y nació en Torquemada (Palencia) pero sus ascendientes eran del Valle de Mena. La madre doña Nicomedes del Moral nació a tres leguas y media de Burgos, en Quintanilla de Somuño, del que dijo el vate:

«Bendito el pobre lugar
donde mi madre nació»

Don José y doña Nicomedes se conocieron y se casaron en Burgos en 1814. A punto estuvo pues la ciudad del Arlanzón de arrebatarnos la gloria de haber sido la cuna del gran poeta, a los vallisoletanos. De todos modos Zorrilla tuvo siempre para Burgos un lugar preferente en su afecto:

«aunque no nací tu hijo
por ser madre de mi madre
te tengo filial cariño».

La leyenda del Cid, compuesta por Zorrilla está dedicada a la ciudad de Burgos en agradecimiento por las atenciones y obsequios de que fué objeto el poeta a su regreso de América (2). La dedicatoria esta fechada en Barcelona a dos de agosto de 1881. Pero había pasado ya bastante tiempo desde el regreso ultramarino del poeta. A principios de septiembre de 1866 llegó Zorrilla a Burgos procedente de Barcelona y con rumbo a Valladolid. En Burgos le recibieron dos amigos de su padre: Don Benito y Don Julián García, beneficiados del Cabildo, en cuya casa le cumplieron las autoridades burgalesas. La estudantina le ofreció una serenata a la que contestó el autor de las Orientales con

(2) «A los excelentísimos Ayuntamiento y Diputación Provincial de la muy noble y muy leal ciudad de Burgos:

Los poetas no tenemos más que nuestros versos para pagar nuestras deudas; y con los de este libro intento yo pagar la de gratitud que con la ciudad de Burgos tengo contraída por los obsequios que fué la primera en prodigarme a mi vuelta de América.

Holgáreme yo, deseando, como Cervantes, que mi obra fuera la mejor y más perfecta concebida por humano entendimiento: pero tal cual es me contentare con que el excelentísimo Ayuntamiento y la Diputación Provincial de Burgos la acepten y se la presenten al pueblo burgalés como ofrenda del agradecimiento y prenda de amor filial, de JOSE ZORRILLA. Barcelona, 2 de agosto de 1881».

una poesía (3). En Burgos sufrió además Zorrilla un cólico biliar que le hizo retrasar su partida para la ciudad natal a donde llegó el 21 de septiembre, tributándosele un recibimiento.

A los cincuenta años, en febrero de 1867, Zorrilla visitó Torquemada y el pueblecito burgalés de su madre. Sus impresiones las tradujo en aquellos preciosos versos que comienzan:

Madre a quien idolatré...

Zorrilla pasó una temporada en Quintanilla de Somuño donde compró dos buenas jacas con las que iba a la estación de Estépar a recoger el correo, yéndose otras veces galopando hasta Burgos; que el que huyó de Lerma en yegua bien sabía cabalgar. Por esta época escribió «El drama del alma», donde vertió los versos de su amistad hacia el emperador Maximiliano de México y las impresiones de su vuelta a la Patria.

Las relaciones del poeta con Barcelona fueron muy cordiales contando allí con numerosos amigos y admiradores, entre los que figuraba la Casa editora Montaner y Simón. Esta fué la que debió sugerirle la idea de la Leyenda del Cid. En 1879 Zorrilla leyó en Valencia algunos fragmentos de la obra y en 1880, habiendo sido requerido por el empresario del Teatro Principal de Barcelona para que dirigiese el Tenorio, aprovechó para ultimar con la editorial citada la publicación de la Leyenda. En 1882 hizo el poeta las entregas y se publicó la obra con preciosas ilustraciones de José Luis Pellicer, (4).

Como hemos dicho la leyenda cidiana de Zorrilla lleva junto con la dedicatoria en prosa del autor, otra en verso que le sirve como introducción y es en la que hace toda esa serie de confesiones a que nos hemos referido también. La cabecera dice: «A la muy noble y mas leal ciudad de Burgos» y comienza:

«Corona condal de España,
floronada de castillos...»

(3) Vid. la monumental obra sobre el poeta escrita por don Narciso Alonso Cortés: «Zorrilla, su vida y sus obras». 2.^a ed. Valladolid. Santaren. 1943. Págs. 1242. Cfr. 1.^a págs. 673, 676, 682, 695, 700, 794, y 810 especialmente en que se recogen los aspectos y notas burgalesas del poeta. Don Narciso publicó además un artículo sobre «El Cid y Zorrilla» en la Rev. de Filología Española, X-XII-1941.

(4) José Zorrilla.—La Leyenda del Cid.—Barcelona.—Montaner y Simón.—Establecimiento Tipográfico editorial.—(1882).—582 págs. tamaño folio. Encuadernación grabada en oro. Dibujos de Pellicer.

siguiendo, a renglón seguido, un precioso elogio de la urbe cabeza de Ila. Zorrilla afirma la sangre burgalesa que corre por sus venas y dice que es la única de las ciudades de quien no conserva ningún mal recuerdo:

«De ti jamás una espina
se me encontró en el espíritu...»

Recuerda el recibimiento que se le hizo a su vuelta de América:

«Y celebraste (mi) vuelta,
cual la de tu hijo legítimo
con saraos, serenatas,
convites y regocijos...»

Burgos sacia al poeta en su fantasía porque es

«De crónicas archivo,
de tradición, venero; de inspiración, tesoro...»

Y por fin Zorrilla nos revela en esta dedicatoria la razón principal del tema que ha elegido en honor de Burgos:

«Mi madre me entretenía
con los cuentos que sabía
de Ruy Díaz de Vivar»

Tal era por tanto el burgalesismo del poeta vallisoletano hasta el extremo de hacerle exclamar:

«Burgos, no llevo intento
sino que en tu hogar asiento
entre tus hijos me des».

Si Zorrilla fué, al decir de Cejador, (5) el trovador grande de España no pudo por menos de hacer vibrar su lira al trote del caballo del Cid como tantos otros poetas lo han hecho. Zorrilla no buscó su inspiración en las crónicas y documentos sino en las ruinas de las ciudades y aldeas que él con su poderosa imaginación inmediatamente poblaba de un mundo de ensueño. La leyenda cidiana de Zorrilla fué un digno tributo a uno de los mayores valores reales y simbólicos de la España eterna. Y hemos de tenerlo presente.

MANUEL BASAS FERNANDEZ

(5) Julio Cejador y Frauca.—Historia de la Lengua y Literaria Castellana.—Tomo VII. págs. 217-236.—Madrid, 1917.